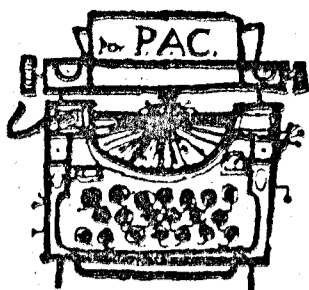


Aquí  
y allá



La semana pasada se verificó en Costa Rica la XIII reunión del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) con la participación de representantes del Episcopado de toda nuestra América. La Iglesia de Nicaragua brilló por su ausencia.

Este Consejo, en su IIª conferencia (en 1968) fue el que redactó los famosos "Documentos de Medellín" que han sido la base —y el motor— del despertar cristiano de Latinoamérica. Durante cierto tiempo estos documentos fueron retenidos por nuestra Aduana como material subversivo y no faltó algún viejo obispo que trató de disminuir su importancia en vez de alentar su difusión y cumplimiento en nuestra necesitada Iglesia nicaragüense. Todavía hace poco un improvisado "teólogo" de la radiodifusora llamada Nacional, tuvo la originalidad de repetir como propia la frase del citado prelado. Con estos antecedentes y después de los sucesos eclesiásticos de todos conocidos, mi viaje a Costa Rica —donde pude seguir de cerca el desarrollo de la reunión del CELAM— casi me pareció un traslado del Siglo XVII al XX, en lo que se refiere a la vida de la Iglesia. Un viaje de la teología de la represión a la teología de la liberación. Un salto de los tiempos de la Inquisición —donde unos prelados y unos rectores-sacerdotes usan el "brazo secular" contra sus propios "hermanos en la fe" (antes, por lo menos, se usaba contra los herejes) — a unos tiempos post-conciliares donde los líderes espirituales de nuestra América reflexionaron y se preocuparon por encontrar —entre otras cosas, formas evangélicas de diálogo que salven el conflicto de generaciones; métodos nuevos de evangelización que permitan incorporar a la vida siempre renovada de la Iglesia las inquietudes de los jóvenes; o bien, cómo afrontar en cristiano —con independencia de partidos y gobiernos— los arduos problemas del subdesarrollo, de la opresión, y de los cambios que exige la justicia a favor de los desheredados.

Posiblemente fue un momento excepcional para el contraste. Pero, mientras el CELAM hacía ver que en toda América —con dolorosas excepciones— la jerarquía está cortando amarras para lanzarse —con la libertad propia de quien es depositaria del legado de Cristo— al supremo compromiso de su misión liberadora; en Nicaragua han recrudecido las presiones, favorecidas por algunos jefes e influyentes clérigos, para atar, para enyugar a la Iglesia de Cristo al carro del Gobierno. He leído a mi regreso las polémicas de la semana. Atizada por "Novedades" —que se ha convertido en un devoto diario curialense— está creándose en Nicaragua una peligrosa "teología" en la cual todo el que exprese un criterio independiente del criterio del Gobierno se hace sospechoso como cristiano y todo opositor o inconforme con el régimen viene a ocupar el puesto que en las épocas inquisitoriales ocupaba el hereje. Todo el problema de la UCA, por ejemplo, no ha sido otro que la aplicación —con las represalias más anti-evangélicas— de esta "teología". El trato de "Novedades", de injurias y calumnias, contra los sacerdotes que han actuado conforme al Concilio y a las orientaciones de Medellín, es también un ejemplo de esa misma y monstruosa "teología". Al paso que vamos, pronto se le agregará al "CREDO" un artículo que diga: "Creo en el orden establecido". Pero lo grave no es que el Gobierno trate de reemplazar al Vaticano y de imponer a la Iglesia de Nicaragua —con toda clase de presiones— sus propios criterios acerca de la justicia, los derechos humanos, la libertad de actuación de los cristianos, e incluso sobre la calidad moral de sus sacerdotes, congregaciones y movimientos; lo grave es que existan jefes, monseñores y sacerdotes que respalden esa política del Gobierno y den la impresión de que para ellos sólo son fieles cristianos los fieles somocistas y subversivos o comunistas o favorecedores de los comunistas todos aquellos que han escuchado la voz de la Iglesia y se afanan por la justicia y liberación de nuestro pueblo o por la renovación de su pastoral.

En la reunión del CELAM los obispos reafirmaron la necesidad de una Iglesia políticamente libre, con libertad moral y jurídica para denunciar todo cuanto vaya contra el Evangelio y para exigir todo lo que es evangélico. Pero agregaron algo más que los "teólogos" del conformismo traían —en Nicaragua— a todo trance, de horror. Dijeron:

"En América Latina hay estructuras sociales y económicas que oprimen a dilatados sectores del pueblo, las cuales deben cambiarse. ESE CAMBIO LO EXIGE LA JUSTICIA Y ES DEBER DE TODO CRISTIANO COMPROMETERSE EN ESA LUCHA QUE SIGNIFICA DESDE LUEGO UNA ALTERNATIVA POLITICA. Queremos que este cambio sea pacífico, pero no predicamos el pacifismo.

El cristiano sabe luchar y ha luchado siempre cuando ello es necesario...

"De lo anterior surge la idea de la liberación, que es un concepto fundamentalmente teológico. El mensaje está centrado en la redención realizada por Jesucristo. Pero esta redención incluye también al hombre en sus dimensiones humanas: liberación del hambre, de la explotación, de la injusticia, sin perder de vista su destino trascendente.

"... El sacerdote debe ayudar en la formación de la conciencia de su pueblo, para que éste luche con sus propias fuerzas por su liberación... El sacerdote no puede callar ante la explotación o la injusticia en una comunidad. A la denuncia de esta situación puede ir unida la acción. Sin embargo, la misión del sacerdote es la de crear conciencia en el pueblo para que éste sea el autor de su propia liberación, contribuir a la formación de sus líderes y eventualmente asistirlos con su consejo".

Todos estos consejos y orientaciones del CELAM —que son o se derivan de las doctrinas conciliares— quieren ser prohibidas por la reaccionaria "teología de la represión" que está queriendo imponerse en Nicaragua contra la corriente mundial de la Iglesia.

El martes en "NOVEDADES", el presbítero Díez L., extraño exponente de una teología arqueológica para quien parece no existir, ya no digamos el Concilio o la "Populorum Progreso", pero ni siquiera León XIII, dice ex-cátedra: "Es ya hora de poner definitivamente los puntos sobre las íes. Es hora de decir ya claramente que la posición vertical de un sacerdote, nunca puede sustentarse en acucpar o promover: 1) movimientos de violencia o subversión (llama movimientos de violencia o subversión, con terminología policíaca, a demandar justicia por medios pacíficos); 2) en solidarizarse con huelgas o manifestaciones portadoras de desórdenes y perjuicios de todo género, no importa cuáles sean sus intenciones o las causas más o menos justas que afirman defender".

En otras palabras, el presbítero Díez, en su atrabiliaria teología, no acepta más que el cura de misa y olla; condena la huelga (¿por qué no lee, entre otras cosas, "Gaudium et

spes"?) y exige al sacerdote que no se fije si una causa es justa o injusta sino si va a alterar el tráfico de la Avenida Roosevelt.

Entre tanto, al mismo tiempo que este presbítero ponía ex-cátedra "sus puntos sobre las íes", los obispos de América, en la vecina Costa Rica decían sobre el sacerdote que debía evitar dos peligros: "el adoptar una posición angelista y alienante que sitúe la fe al margen de los problemas sociales, económicos y políticos de nuestros pueblos. Y el asumir un caudillismo puramente social que pueda hacer perder al sacerdote su misión sobrenatural. Sin embargo —agregaban— dadas las circunstancias de nuestra América —el sacerdote puede convertirse en un líder popular en cuestiones puramente temporales— pero sin perder de vista su misión evangelizadora— allí donde no existan líderes laicos con capacidad para conducir al pueblo en la lucha por sus derechos. La misión del sacerdote, empero, es la de crear conciencia en el pueblo para que éste sea el autor de su propia liberación".

La cita no es mía, sino de los obispos del CELAM. No es de los "curas profanadores y subversivos" de que habla NOVEDADES y sus teólogos de la represión, sino de los obispos de América.

Sólo por el contraste podemos darnos cuenta hacia qué tipo de Iglesia nos está arrastrando la presión de un Gobierno que trata de utilizarla para sus fines ayudado por la ceguera política, por el temor o por la indecisión de ciertas jerarquías.

"Hay que tener mucho cuidado —declararon los obispos de Latinoamérica— en no dar pábulo al slogan marxista de una Iglesia alienante, cómplice y aliada de los poderosos"— Y agregaban: —"Una visión histórica realista nos demuestra que este slogan no es cierto en Latinoamérica".

¡Ojalá que nuestra jerarquía eclesiástica, enderezando el timón de nuestra nave contra la fuerte corriente del Poder, mantenga su independencia y no permita que el slogan marxista sea cierto para Nicaragua!